

17 de abril de 2022
1er Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor Ciclo C



LECTURAS

Hechos 1034.37-43: En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: “Ya saben ustedes lo sucedido en toda Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan: cómo Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret y cómo éste pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él. Nosotros somos testigos de cuanto Él hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de la cruz, pero Dios lo resucitó al tercer día y concedió verlo, no a todo el pueblo, sino únicamente a los testigos que Él, de antemano, había escogido: a nosotros, que hemos comido y bebido con Él después de que resucitó de entre los muertos. Él nos mandó predicar al pueblo y dar testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que cuantos creen en Él reciben, por su medio, el perdón de los pecados”.

Sal 117: Te damos gracias, Señor, porque eres bueno, porque tu misericordia es eterna. Diga la casa de Israel: “Su misericordia es eterna”. La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es nuestro orgullo. No moriré, continuaré viviendo para contar lo que el Señor ha hecho. La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular. Esto es obra de la mano del Señor, es un milagro patente.

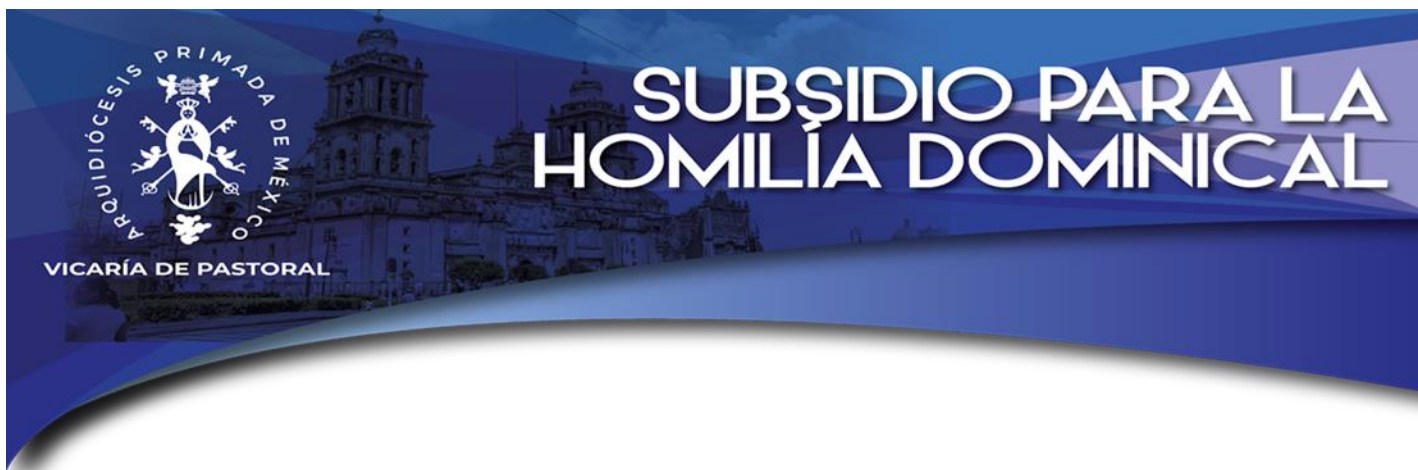
Corintios 5,6-8: Hermanos: ¿No saben ustedes que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Tiren la antigua levadura, para que sean ustedes una masa nueva, ya que son pan sin levadura, pues Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado. Celebremos,



pues, la fiesta de la Pascua, no con la antigua levadura, que es de vicio y maldad, sino con el pan sin levadura, que es de sinceridad y verdad.

Juan 20, 1-9: El primer día después del sábado, estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio removida la piedra que lo cerraba. Echó a correr, llegó a la casa donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo habrán puesto”. Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos iban corriendo juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro, e inclinándose, miró los lienzos puestos en el suelo, pero no entró. En eso llegó también Simón Pedro, que lo venía siguiendo, y entró en el sepulcro. Contempló los lienzos puestos en el suelo y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, puesto no con los lienzos en el suelo, sino doblado en sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, porque hasta entonces no habían entendido las Escrituras, según las cuales Jesús debía resucitar de entre los muertos.





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

EL TRIUNFO DEL CRUCIFICADO

Después de un largo y fatigoso recorrido espiritual a través de la Cuaresma y la celebración de la muerte del Señor, finalmente desembocamos en la fiesta cristiana por excelencia: La Pascua del Señor. ¿Qué decir sobre un acontecimiento que por definición escapa a todo intento por aprehenderlo dentro de las coordenadas interpretativas del hombre? Y es que la resurrección de Jesús no es estrictamente hablando un acontecimiento histórico, abarca dicha dimensión, pero la supera porque hinca sus raíces en la meta-historia. Con esto quiero decir que la resurrección del Cristo no puede parangonarse con ninguna experiencia humana, es absolutamente novedosa y por ello, en esencia es indefinible.

Sin embargo, esto no significa que nada podamos decir de ella, pues si bien en cuanto acontecimiento objetivo sucedido en la persona de Jesús queda fuera de nuestro horizonte hermenéutico, posee una dimensión inherente a ella que ha dejado y sigue dejando huella en la historia y debido a esto es posible, en sus efectos, hacer experiencia de ella. Es decir, la Pascua de Jesús tiene un aspecto cristológico y un aspecto cósmico-discipular. Es muy interesante notar que los textos neotestamentarios referentes a la resurrección hacen hincapié en el segundo aspecto y no pretenden hacer elucubraciones fantasiosas acerca del cómo sucedió a Jesús la resurrección, y sí que mediante maravillosos relatos catequéticos y teológicos nos ilustran sobre los efectos y consecuencias que para la vida discipular tiene la Pascua de Jesús.



La primera lectura, del libro de los Hechos de los Apóstoles, hace una presentación sintética de la economía salvífica de Dios en Cristo: Del bautismo de Jesús hasta el testimonio apostólico para beneficio de los que crean en él. Es decir, de la relación indefectible entre el acontecimiento pascual y el testimonio de los testigos cualificados por Cristo, testimonio que se basa en una experiencia reservada para esos testigos (*"...pero Dios le resucitó al tercer día y concedió verlo, no a todo el pueblo, sino únicamente a los testigos que él, de antemano había escogido: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de que resucitó de entre los muertos"*).

El contenido del anuncio está ligado irrenunciablemente a los testigos, estos no son unos meros instrumentos prescindibles en el plan de Dios que se revela en Cristo, podríamos decir que la fe de los que se salvarán es suscitada necesariamente por estos testigos. Por ello, la fe de la Iglesia está sustentada por Dios, pero mediante el testimonio de aquellos que él eligió.

Esto tiene consecuencias inmediatas en la espiritualidad del cristiano: en nuestro tiempo vivimos una seria crisis de credibilidad como Iglesia institucional. Los hombres de hoy se sienten fuertemente atraídos por la figura de Jesús, pero en la misma medida sienten repulsa por todo lo que suena a institución eclesial, y esto no solo pasa en aquellos que no pertenecen nominalmente a la Iglesia Católica, sino inclusive en aquellos que se confiesan pertenecientes a esta institución cristiana.

Lógicamente que esta situación resulta en una desvinculación entre pastores y ovejas, desvinculación que se da no solo a nivel doctrinal, sino también en el plano de relación interpersonal. Para la mayoría de los feligreses, sus pastores son unos auténticos desconocidos y lo mismo sucede a los pastores, para los cuales su grey carece de rostros y nombres concretos y no es más que una masa informe. Ciertamente que de ambas partes hay culpa en esta situación, además de factores no imputables a ninguno (como la cantidad de cristianos y los tan pocos pastores), pero el caso es que se está viviendo una especie de "cristianismo virtual" porque es imposible según la Escritura, la relación con Cristo (al menos al interior de la Iglesia) sin la correlación entre pastores y ovejas.

Todos y cada uno de los que nos decimos católicos debemos procurar resolver de la mejor manera posible aquello de lo que somos responsables y buscar una más íntima relación con los transmisores cualificados del anuncio liberador de la Pascua de Jesús. No quiero decir desde luego que la fe pascual no pueda y deba ser transmitida por todo el pueblo de Dios, sino que su anuncio debe basarse en la tradición apostólica que nos pone en contacto con Jesús: *"Revelación que Dios confió a Jesucristo para que mostrase a sus siervos lo que va a suceder pronto. Él envió a su ángel para transmitírsela a su siervo Juan, quien atestigua que cuanto vio es Palabra de Dios y testimonio de Jesucristo."* (Ap 1,1-2)

Ahora bien, los testigos anuncian una realidad objetiva, es decir, como algo que les "viene de fuera", que no es una ficción de su mente ni una proyección psicológica que se contagia



masivamente. Es algo que no brota de ellos, sino que de algún modo se les "impone" aunque no violentando su libertad, pero sí por la fuerza intrínseca del acontecimiento. Esto no nos obliga a aceptar como dogma de fe las imágenes que los textos nos sugieren como transmisores de una verdad que por sí misma trasciende la grosera materialidad de la revivificación de un cadáver: "...hemos comido y bebido con él después de que resucitó de entre los muertos", estas imágenes y otras parecidas están al servicio de la objetividad del acontecimiento, más no de la materialidad de este.

Es de sobra conocido el simbolismo del "comer y beber" en la teología neotestamentaria (acto de apropiación y asimilación de una realidad, en este caso se trataría de la configuración existencial con el resucitado) por lo que debemos inclinarnos por una interpretación simbólico-parenética del texto y no la mera transmisión anecdótica de algo que hicieron los discípulos con Jesús.

Cristo no vive solamente porque la Iglesia lo predica, lo conmemora y se adhiere a sus enseñanzas, Cristo vive porque el Padre le ha rescatado de las garras de la muerte y le ha constituido como juez de vivos y muertos, él es primicia de lo que espera a la creación entera, él es "el primogénito de entre los muertos" (Ap 1,5) y la objetividad del acontecimiento pascual es precisamente la causa de la esperanza cristiana, pues si Cristo no resucitó, vana es nuestra esperanza y venimos resultando los más tontos de este mundo viviendo en la persecución de una utopía irrealizable.

Precisamente por ello, porque Jesús está vivo (aunque de un modo absolutamente nuevo y solo perceptible desde la fe y en el testimonio de la comunidad) el cristianismo es ante todo una forma de vida que brota de la relación personal con Jesús resucitado. La espiritualidad cristiana no consiste en la memorización de una serie de enunciados doctrinales o de un cierto código ético y moral, o de cumplir un cierto número de reglas religiosas, eso se llama religión y Cristo no fundó una religión, sino que inauguró un nuevo tipo de hombre, una humanidad nueva que es pneumatófora (portadora del Espíritu y portada por el mismo) y cuya única Ley es el amor que se expresa en la cruz y de la cual brota la Pascua. Precisamente por ello, el cristiano cumple todas aquellas leyes (humanas y divinas) que se corresponden con la ley suprema y lucha denodadamente en contra de todas aquellas leyes humanas que claramente se contraponen al Evangelio. La espiritualidad cristiana es pues interrelación personal y solo en un segundo momento, tematización doctrinal.

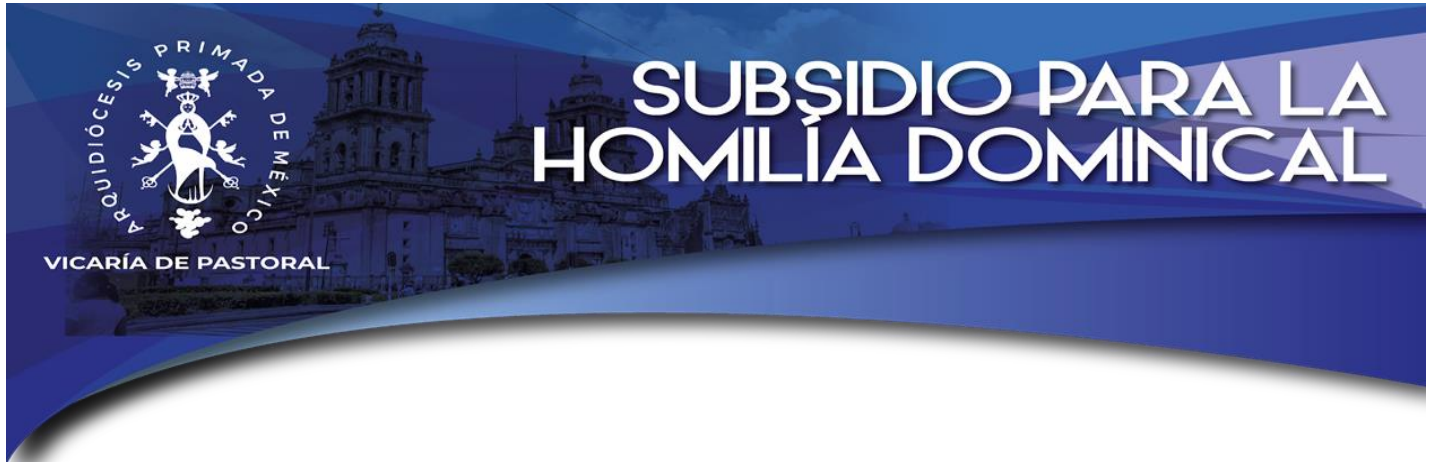
Las preguntas que brotan espontáneamente son las siguientes: ¿En qué sentido Cristo es persona? ¿Cómo puedo relacionarme con él? Hablamos de Cristo como persona en tanto ser capaz de relación, de comunicación y escucha, esto es la esencia de todo ser personal. Ahora bien, desde luego que, dado que la vida del resucitado es absolutamente trascendente e inmaterial, se excluyen los métodos relacionales y cognoscitivos con los que normalmente el hombre interactúa con los demás seres de su entorno y es necesario abordar la relación con Cristo desde categorías indirectas. Me explico, solo tenemos acceso



a Cristo mediante el hermano, el pobre y necesitado, el que sufre y es excluido de la sociedad, el encarcelado, el desnudo, el huérfano y la viuda. En la medida en que asisto a mi hermano en desgracia establezco una relación con Jesús. Cuando solicito ser perdonado por el que tiene algo contra mí, abro la puerta de comunicación con Dios y hago mi ofrenda aceptable a sus ojos. Cuando actualizo la cruz de Cristo en mi vida perdonando setenta veces siete, renunciando a ejercer la fuerza con tal de lograr imponer mi voluntad, cuando abrazo la diferencia del otro con todo lo doloroso que pueda ser, cuando abrazo fuerte a los que amo solo para después dejarlos en libertad, cuando relativizo todo y abrazo al único absoluto.

La presencia sacramental de Cristo en el mundo es, precisamente, el alimento para el caminante que recorre los caminos del mundo, amando a sus hermanos, con rumbo hacia la patria definitiva. La resurrección es para el hombre una vida nueva que se manifestará gloriosamente cuando lo haga Cristo en la consumación de la historia, pero que, ya aquí en la historia, se saborea el albor de la eternidad porque la piedra del sepulcro ha sido removida y la potencia del triunfo de la cruz ha salido para llevar al mundo a su plenitud.

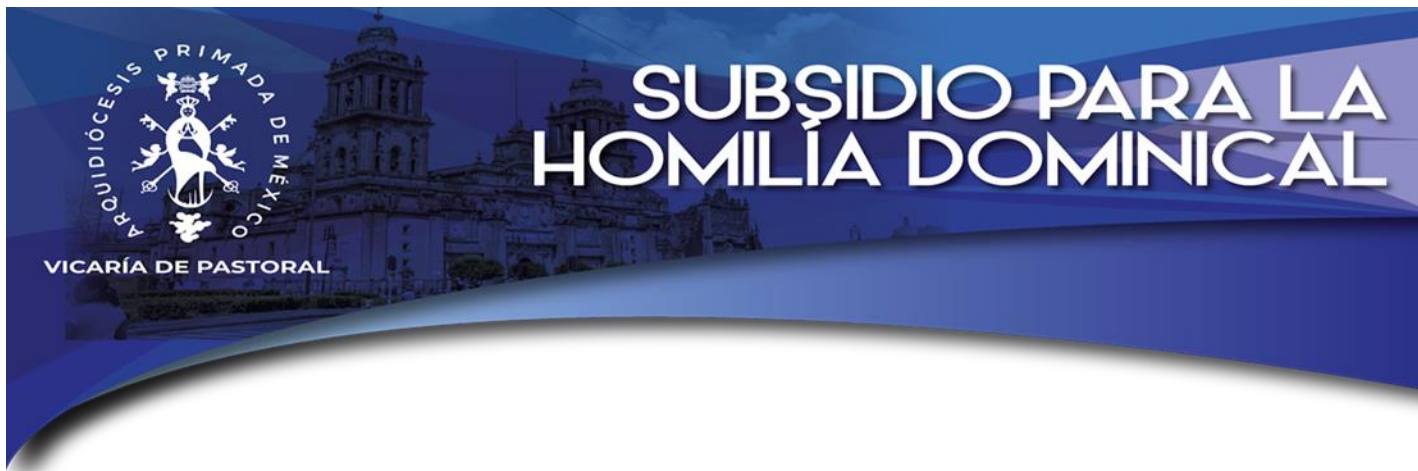




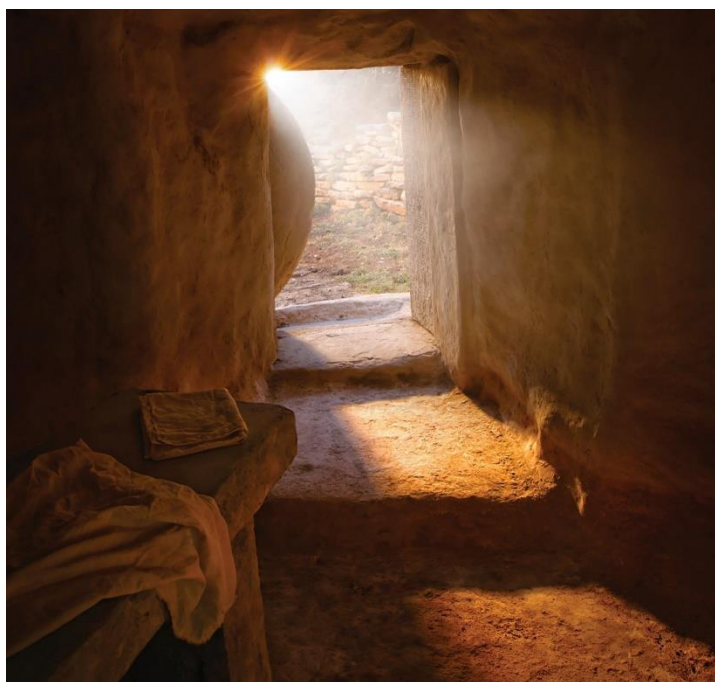
SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- La resurrección de Jesús es el acontecimiento que fundamenta nuestra fe. ¿Cómo has experimentado tú la realidad de Jesús resucitado? ¿Qué ha significado esto en tu vida?
- ¿Cómo das testimonio ante el mundo de la resurrección de Jesús?
- La resurrección de Jesús es la levadura que fermenta nuestra vida, es decir, la transforma en alimento. ¿Cómo eres tú, que llevas a Jesús en tu interior, levadura para los demás?
- La piedra del removida del sepulcro es el signo de la victoria de Jesús sobre la muerte, el último y más temible enemigo. ¿De qué "muertes" te ha rescatado Jesús con su triunfo? ¿Qué "piedras" ha removido de tu sepulcro?





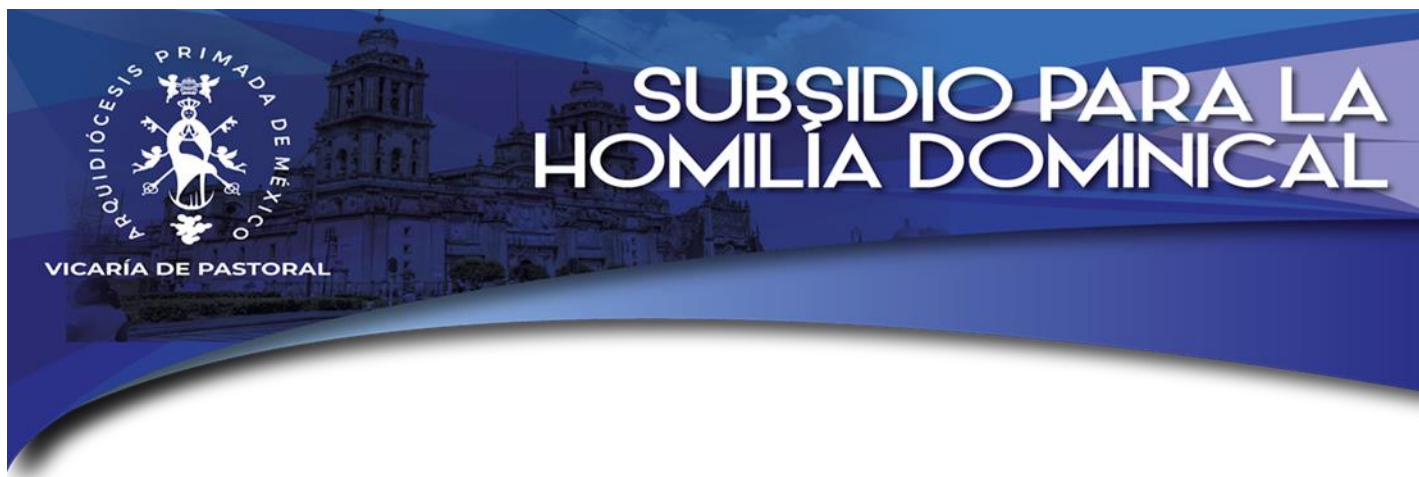
CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:

<https://youtu.be/OH8-KyPQJGw>





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Homilía del Papa Francisco en Misa de Domingo de Pascua

<https://bit.ly/3rhpPz1>





ECOS DE LA PALABRA
DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

¡FELICES PASCUAS DE RESURRECCIÓN!

Todos nosotros, la Iglesia, nos hemos preparado 40 días con nuestras obras de misericordia, ayuno y oración para contemplar el mayor de los misterios de nuestra fe: la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Todos estos días han sido muy intensos. Temas como el perdón, la oración, la misericordia y el amor al pecador han sido temas recurrentes en nuestro camino cuaresmal. Ahora hemos llegado a la cúspide de nuestra caminata.

El trono de nuestro rey no es una lujosa silla, sino una cruz. La cruz fue el camino por el cual Dios nos demostró su amor, pues no hay amor más grande que dar la vida por aquellos que amas. Tal vez muchos se pregunten: ¿si Dios amaba a su hijo por qué lo sacrificó de tal manera? ¿No hay otros caminos para demostrar el amor? Si los hay, sin embargo, Jesús tuvo que morir de tal manera para que nosotros nos diéramos cuenta de la gravedad de nuestros pecados. Asimismo, el dolor y el sufrimiento fue superado con la victoria de Jesús sobre la muerte.

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo es un hecho sin precedentes. Ni siquiera la resurrección de Lázaro u otra resurrecciones bíblicas se asemejan a este acontecimiento, pues estos últimos solamente consistieron en devolverles la vida a un cuerpo muerto, mientras que la de Jesucristo implicó la unión del cuerpo y el alma de una manera nueva, gloriosa y salvadora.

Por los relatos bíblicos sabemos que el cuerpo de Jesús comía, atravesaba paredes, se desaparecía y volvía a aparecer. Esta manera inusual e incomprensible de contemplar este



misterio nos hace ver que tan grande fue el sacrificio de amor y que maravillas y bendiciones nos trajo a todos nosotros. Todos tenemos la esperanza que al final de los tiempos resucitaremos como Cristo resucitó. Esta esperanza se ve resumida en la esperanza de todo creyente: "Al final de la propia vida quiero ver cumplido lo que tanto anhelo: ver el rostro de Dios para siempre". Por eso hoy con mucho entusiasmo puedes decir: ¡Felices Pascuas de Resurrección!





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS INFANTIL

¡JESÚS ESTÁ VIVO!

Hemos recorrido en los últimos días un camino que nos ha llevado como subiendo una montaña, hasta llegar a este momento tan especial en la vida de la Iglesia y de los cristianos, los seguidores de Jesús.

Comenzamos la Cuaresma como un tiempo de reflexión para verificar si hemos respondido al llamado que nos hizo Dios en nuestro bautismo; ver si hemos vivido como sus hijos. Durante ese tiempo se nos invitó al silencio y al sacrificio a través del ayuno y la oración, para que hiciéramos un examen sobre nuestra vida cristiana, cuya guía es el mensaje que está en el Evangelio. ¿Cuál fue tu evaluación de ese momento?

Una vez que nos preparamos y decidimos volver a caminar al lado de Jesús, ya renovados y dispuestos para avanzar como seguidores, como amigos, como hermanos de Jesús, nos sale al encuentro la celebración de la Semana santa. Son pocos días, pero muy significativos, porque es como un resumen de todo lo que llamamos misterio de nuestra fe.

Comenzamos viviendo la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén, como un rey que llega en medio de aclamaciones, alegría y esperanza. Después vivimos el jueves santo, Jesús instituye la Eucaristía como un adelanto de lo que se viviría en su pasión y resurrección; nos enseña también ese día, que nuestro servicio hacia los demás se basa en el amor. Después avanzamos al viernes, comenzamos un día largo, se siente la zozobra, porque la pasión de Jesús fue muy trágica: golpes, humillaciones hasta provocar su muerte de la forma más humillante y violenta de aquellos tiempos al clavarlo en la cruz; seguro te invadió el dolor de ver a Jesús agonizando y sufriendo antes de morir. Llegó el sábado, todos estábamos en silencio, tristes, como lo estuvieron sus discípulos, pero al llegar la noche nos encontramos con el acontecimiento más importante de la manifestación divina: ¡Jesús ha resucitado! Así Dios, nos muestra que el amor con el que Jesús entregó su vida



para salvarnos ha valido la pena y nos ha vuelto a tener presentes en su inmensa misericordia.

El gran acontecimiento de la resurrección de Jesús es en torno a lo que gira nuestra vida cristiana.

Así es como se verifican todas las promesas de Dios y se hacen plenas: Cristo murió para salvarnos y alcanzarnos el perdón de nuestros pecados. ¡Por amor!

Recordarás la escena cuando llegan los discípulos de Jesús a la tumba, lo primero que se encuentran es que la piedra con la que se había cerrado estaba movida.

Ahora, tratemos de responder: con lo que hacemos en la vida diaria ¿somos piedras que dejan ver la resurrección de Jesús o somos piedras que mantienen cerrado el sepulcro? ¿Nos alegramos por la resurrección de Jesús o seguimos tristes porque no entendemos el misterio que ya se nos había anunciado? ¿En nuestra vida diaria manifestamos la alegría de saber que Jesús está vivo y siempre presente con nosotros?

Así es ¡Jesús está vivo! Y eso nos debe llenar de alegría. Ahora nos toca ir a contarle a cuantos podamos que Jesús ha resucitado, que nos ama y que siempre está cerca.

¡Felices Pascuas de Resurrección!





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD

La celebración del Domingo de Pascua es la celebración de la resurrección del Señor, que es a su vez el pleno cumplimiento de lo que significaba la Pascua de Israel: Dios se ha unido con el ser humano con un nuevo vínculo de amor que ya nada lo podrá romper y de esa manera lo ha rescatado y salvado de la manera más profunda y total que se pudiera pensar, pues Cristo con su muerte ha dado muerte a nuestra muerte y con su resurrección nos ha dado vida nueva. Esto es la base de lo que celebramos en este Domingo y el contenido fundamental de lo que nos anuncia el Señor en su Palabra.

Es también esta la razón por la cual celebrar la Resurrección del Señor es celebrar nuestra propia resurrección, celebrar la Pascua del Señor es celebrar nuestra propia Pascua: las celebraciones de la Iglesia nunca tienen como objeto algo que le haya sucedido al Señor, más bien siempre celebramos la obra de la salvación de Dios en Cristo, en su generalidad o en alguno de sus aspectos. Por lo tanto, la celebración de la Pascua no es simplemente la conmemoración de Jesús que resucita de entre los muertos después de una tormentosa Pasión, sino que celebramos el cumplimiento del plan de salvación de Dios trazado desde antiguo que en el Misterio Pascual de Cristo ha encontrado su cumplida realización: las lecturas nos trazan este itinerario que es historia de salvación.



Esta clave de lectura de la celebración pascual nos permite comprender el sentido de los ritos que la acompañan. La primera celebración del Domingo de Pascua, la Vigilia Pascual (que vale la pena recordar, no se trata en manera alguna de una celebración del Sábado Santo; más aún, el Domingo de Pascua inicia con la celebración de la Vigilia Pascual en la Noche santa), da la pauta de interpretación, no solo del Domingo de Pascua, sino de la Octava de Pascua y de todo el Tiempo Pascual, cuyas celebraciones serán el eco y prolongación de esta, la madre de todas las vigiliass en la Iglesia. En esta celebración, todos los signos y ritos que la articulan son clara y decididamente bautismales, encontrando en la Liturgia bautismal su centro que culmina con la participación en el sacramento pascual de la Eucaristía: en el Bautismo, recuerda san Pablo a los romanos, hemos sido con-sepultados junto con Cristo – valga la redundancia – y con-resucitados juntamente con él.

El Bautismo ha sido la primera Pascua, personalísima para cada uno de nosotros, y el itinerario de la Cuaresma ha querido ser también un camino de renovación de nuestro propio Bautismo en sus consecuencias existenciales. La solemne renovación de las promesas bautismales y la aspersion con el agua en recuerdo y renovación de nuestro Bautismo son el punto de llegada de ese itinerario, y con la Comunión eucarística recibimos el alimento que nos nutre para ponerlo renovadamente en práctica. El énfasis dado especialmente a estos dos aspectos de la celebración del Domingo será esencial no solo para una comprensión intelectual o teórica de la solemnidad, sino para que la propia vida renovada en los signos sacramentales que nos dieron y conservan la vida eterna en nosotros – Bautismo y Eucaristía – encuentren vitalmente su expresión en pensamientos, palabras, gestos, acciones y actitudes concretas en la cotidianidad de la propia vida.

Así, pues, el Lucernario nos recordará que Jesucristo, sacrificado y muerto por nosotros (el signo de la cruz y los clavos del Cirio), asciende victorioso del sepulcro y resplandece con la luz de la vida (el Cirio Pascual es Cristo resucitado), transmitiéndonos esa vida para arrancarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte. Iluminados y habiendo ya abandonado las tinieblas, podemos a la luz del acontecimiento de la Pascua de Cristo escuchar todo lo que a él se refería en la Ley, los profetas y los Salmos (por eso las lecturas se proclaman con las luces de la Iglesia ya encendidas, como lo marca el Misal Romano). De este modo, la Escritura que se nos ha develado como historia de la salvación que culmina en Cristo, nos mueve a recordar que nosotros mismos, en el Bautismo, sepultados con Cristo en su muerte hemos resucitado también a su misma vida divina.



En consecuencia, renovamos nuestras promesas bautismales para que, por el agua, y el Espíritu Santo invocado sobre ella, recordemos y se renueve en nosotros esa gracia que culmina con el ofrecimiento de nosotros mismos en la Eucaristía, como panes ácimos hechos de masa nueva, y con el ser alimentados con el Pan que da la vida y nos faculta para vivirla en lo cotidiano de nuestra existencia. Estos mismos signos estarán haciendo eco en las celebraciones de la Misa del día, con la memoria de nuestro Bautismo y con la celebración de la Eucaristía pascual.

Aprovechemos los signos que enriquecen esta celebración para que sea elocuente esta victoria de la cual hemos sido hechos partícipes, de manera que nos alienten a transformarla en vida concreta.

Las palabras de la secuencia que acompaña la celebración de este Domingo y de toda la Octava de Pascua sean nuestra inspiración: Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza a gloria de la Víctima propicia de la Pascua, al Cordero sin pecado que a las ovejas salva, que nos unió a Dios con nueva alianza, pues como primicia de los muertos da a sus fieles parte en su victoria santa.

